

UNA CHICA JUDÍA ENCUENTRA A JESÚS

por *Bobbie Dreier, Fort Lee, N.J.*

(Publicado en The Fellowship Herald, Volumen 5, número 1, Verano de 2003)

Este artículo es la adaptación de unas exposiciones ofrecidas en Oklahoma City en agosto de 2001 y en Chicago (¿Qué está haciendo una bonita chica judía como yo en un lugar como éste?) en octubre de 2001.

Bobbie Dreier es profesora retirada y la abuela de Matthew y Jason. Bobbie y su marido Steve celebraron recientemente el 40 aniversario de su boda. Presidente actual de la Sociedad del Libro de Urantia del Gran Nueva York, ha estado activamente implicada con Steve en las actividades del Libro de Urantia durante más de 30 años.

Cada año, tan lejos como puedo recordar, iba a la sinagoga con mi padre todo el día durante el Yom Kippur, el Día de la Expiación. Me sentaba detrás con mi abuela en la galería de las mujeres. Al igual que los judíos de todo el mundo, íbamos para rogarle a Dios que nos perdonara todos nuestros pecados contra él, para arrepentirnos y ser liberados de cualquier castigo desconocido. Orábamos y ayunábamos todo el día. Si Dios era misericordioso, éramos inscritos en el Libro de la Vida durante otro año. Nunca supe exactamente qué habría sucedido si no fuéramos inscritos, pero creía que la gente que moría aquel año no había sido perdonada.

El judaísmo es una religión basada en la ley, en la ley que Dios le presentó a Moisés en el Monte Sinaí. Muchas personas judías piensan en Dios como el Señor Dios de Israel. Es un Dios justo y espera que sigamos su ley. Cuando Dios es desobedecido, es terrible y castigador. ¿No desterró a Adán y Eva del Jardín del Edén y después sometió para siempre a las mujeres a dar a luz con dolor, convirtió a la mujer de Lot en una estatua de sal, y destruyó toda la vida sobre la tierra excepto a la familia de Noé y un arca lleno de animales? Y en la Pascua, los judíos alaban a Dios por enviar plagas devastadoras a los egipcios, incluida la destrucción de sus hijos primogénitos. El Antiguo Testamento está lleno de historias sobre las leyes de Dios y su cólera.

En el Documento 96, «Yahvé el Dios de los hebreos», un Melquisedek de Nebadon nos cuenta que a pesar de los valientes esfuerzos de Moisés por asegurarle a los hebreos que huían que Dios los amaba y que no los abandonaría ni los destruiría, también se les dijo durante una catastrófica explosión volcánica del Monte Sinaí que «*su Dios era poderoso, terrible, un fuego devorador, y todopoderoso*». [96:4.5,6] (pág.1057). Aunque en el Antiguo Testamento existen muchas pruebas de un Dios que ama a su pueblo, la idea de un Dios justo y poderoso es la única que subsiste. Los Diez Mandamientos entregados a Moisés en el Monte Sinaí son principalmente «No harás», y la ley mosaica consiste en 613 leyes que los judíos ortodoxos obedecen hasta el día de hoy. Las tradiciones son muy poderosas, y yo crecí imaginándome a un rey barbudo en las nubes que me vigilaba esperando a que metiera la pata.

Siempre tuve una profunda conciencia de mi judaísmo. Estaba condicionada culturalmente y pensaba que era religiosa. Mi padre tenía una educación ortodoxa judía y una identidad judía muy fuerte. Quería que mi madre mantuviera en nuestro hogar las tradiciones religiosas ortodoxas en las que él se había criado. Algunas de ellas incluían «Santificar el sábado», encender velas el sábado y mantener la casa según ordena la ley. «Mantenerla según la ley judía» implica un estricto conjunto de leyes dietéticas que exigen vajillas de plata, platos y utensilios de cocina variados para las comidas con carne y las comidas lácteas. Está prohibido comer a la vez los productos lácteos y la carne debido a una ley mosaica que afirma: «No comerás la carne de un cabrito en la leche de su madre». Hay también una larga lista de alimentos prohibidos que incluye los productos del cerdo y el marisco. Mi madre no encendía las velas del sábado ni mantenía la casa según la ley judía, pero no comíamos ni cerdo ni marisco, nunca tomábamos a la vez los productos lácteos y la carne, y vi cómo mi padre se puso terriblemente enfermo después de enterarse de que un pollo asado que había comido estaba rociado de mantequilla. Creía con todo su corazón que debía pasar el sábado en la sinagoga (el Quinto Mandamiento dice: «Recuerda que has de santificar el sábado»), pero trabajaba como comerciante al por menor en una tienda de ropa infantil, y el sábado era el día de compras más concurrido. Las tiendas estaban cerradas el domingo, de manera que los cristianos podían ir a la iglesia, pero el sábado era un día laborable. Al igual que Matadormus y los judíos de antaño, mi padre tendía a creer que la salud era la prueba del favor de Dios. Creía que nunca prosperaría porque desobedecía a Dios no guardando el sábado.

Mi padre tenía dieciséis años cuando vino desde Polonia a América con su madre en un buque de vapor en tercera clase y con una sola bolsa. Habían vivido en un pueblecito llamado Kowel. (Me imagino que debe ser algo parecido al pueblo de Tevya). Su abuelo era un rabino ambulante y había gran alegría en el pueblo cuando estaba en casa. Mi padre fue a las escuelas de la sinagoga, hablaba yiddish y hebreo en casa y polaco en público. Me contó cómo los soldados que a menudo cruzaban el pueblo se habían mofado de él y lo habían insultado. Nunca supo si eran polacos, rusos o alemanes, pero creía que eran cristianos. Cuando pasaban gritaban «asesinos de Cristo», «Judíos, iros a Palestina», y a menudo cortaban las barbas de los ancianos con sus espadas. Cuando era muy joven, vio cómo uno de ellos le cortó a su abuelo una parte de la barbilla con la espada. Aprendió a escupir tres veces cuando pasaba por delante de una iglesia. Vivía temiéndole a los cristianos.

Conoció de primera mano el antisemitismo desenfrenado; experimentó las persecuciones generadas por los polacos, los rusos y los alemanes que odiaban a los judíos, y continuó enterándose de los asaltos y matanzas en las juderías de Europa por parientes que se las ingeniaron para escaparse a finales de los 30. La «solución final» de Hitler para eliminar a los judíos condujo a los horrores del Holocausto, y mi padre y casi toda la gente que conocía perdió a muchos miembros de su familia. Para él era muy importante que sus hijos conservaran la fe y sobrevivieran como judíos.

Cuando mis padres pudieron comprar su primera casa, lo hicieron en lo que ellos llamaban un barrio «no judío». Yo era la única niña judía de la escuela. Sabía tan poco sobre el cristianismo que fallé al 100% en un examen de lenguaje porque contesté que la palabra «monje» (monk en inglés) podía ser masculina o femenina. Creía que «monje» (monk) era la abreviatura de mono (monkey). En clase celebrábamos la Semana Santa decorando huevos que nos llevábamos a casa, y la Navidad preparando adornos y regalos para nuestras familias. Todos mis amigos iban a la iglesia el domingo. Todo aquello me parecía perfectamente normal. Pero a mi padre no.

Por eso se aseguró que yo pasara mucho tiempo en la sinagoga. Los martes y los jueves después de la escuela iba a la Escuela Hebrea, los viernes por la noche íbamos al oficio del Sabbath, los sábados iba a la «Congregación Juvenil» mientras que los adultos que no estaban el sábado en casa se encontraban en la sinagoga, y los domingos iba a la Escuela Dominical. Aprendí a leer y escribir el hebreo fonéticamente, de manera que podía participar en los rituales del oficio de la sinagoga. Se decían en hebreo y yo participaba plenamente sin comprender jamás una palabra. También escribí fonéticamente en la pizarra «Feliz Navidad» en hebreo cuando mi profesor de tercer grado daba una lección sobre cómo se celebraba la Navidad en otros países. No se me ocurrió que los judíos de Israel no decían «Feliz Navidad». Me metí en muchos rituales sin sentido que, a diferencia de Jesús, no me cuestionaba. Tal como estaba prescrito, besaba el mezuzah (un objeto religioso colocado en la puerta de entrada de los hogares judíos) y me decía a mí misma: «*El Señor protegerá nuestra entrada y nuestra salida, de ahora en adelante y para siempre*». [124:4.7] (pág.1372). Nunca escribí la palabra Dios porque estaba prohibido. Escribía D-s. Llevaba una estrella judía alrededor de mi cuello y estudiaba para convertirme en una «hija de la alianza» (a bat mitzvah) cuando tuviera trece años. Aprendí todas las historias bíblicas del Antiguo Testamento y creía que eran ciertas. Siento vergüenza que, cuando estaba en una clase de biología de noveno grado y el profesor preguntó cómo había empezado la vida, dije sin vacilar: «con Adán y Eva».

En aquella época pensaba que el hacer estas cosas era mi religión. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que mi experiencia de ser judía era más social, cultural y política que religiosa. Las lecciones en mi Escuela Hebrea estaban llenas de política. Me sentí enormemente emocionada cuando Israel se convirtió oficialmente en la patria de los judíos. Los judíos tenían por fin un hogar, un país donde estarían libres de las persecuciones. Y mis estudios estaban llenos de moralidad. Desarrollé el sentido de la rectitud, de la culpabilidad y del deber. Era una buena estudiante porque el alto valor que los judíos le concedían a la educación estaba siempre patente. Mis padres sacrificaron muchos placeres a fin de ahorrar el suficiente dinero para poner a tres niños en la universidad. Disfrutaba celebrando todas las fiestas con la familia y participaba en todos los acontecimientos de la sinagoga. La esperanza de mi padre era que yo conservara las tradiciones, me convirtiera en una dirigente de la comunidad judía, quizás en la jefa de una organización Nacional de Mujeres Judías. Era feliz con mi vida y mi religión. El problema era que no sabía nada sobre quién era Dios realmente, nada

sobre el espíritu interior, nada sobre hacer la voluntad de Dios, y sólo pensaba en Él cuando hacía algo mal.

Unas Navidades fui con un amigo a los oficios de una iglesia a medianoche. Estábamos sentados en la parte delantera de un balcón. Los oficios eran desconocidos pero mágicos, y yo estaba totalmente centrada en ellos. De repente el pastor me miró y gritó: «¿Te has salvado? ¿Has aceptado a Jesús como Señor y Maestro?». Y luego dijo gritando: «Baja, confiesa tus pecados y acepta a Jesús como salvador». Pensé que me estaba hablando directamente a mí y estaba asustada. Me preguntaba cómo sabía que yo era judía y que no creía en Jesús.

Por supuesto, no estaba a punto de creer en Jesús. Al igual que María y José en la época en que Jesús tenía doce años, jamás hubiera podido *«soñar ni siquiera un instante que Jesús fuera en verdad el creador efectivo de este universo local de cosas y de seres»*. [124:4,4] (pág.1372). Los judíos no creen que Jesús sea divino. Antes que nada, la creencia en un solo Dios es una certeza en el judaísmo. Los judíos SABEN que simplemente no hay otros dioses, especialmente uno que murió en una cruz y regresó a la vida al tercer día. Obedecen el Primer Mandamiento: «Yo soy el Señor tu Dios y no tendrás otros dioses ante mí». De hecho, como saben los lectores del *Libro de Urantia*, la creencia en un solo Dios es la revelación de Melquisedek y el legado de Abraham y de Moisés. La oración judía más importante, la Sh'ma («Sh'ma Yisrael, Adonoi Elohaynu, Adonoi Echad - Escucha, oh Israel, al Señor nuestro Dios; el Señor es uno») es la primera oración que se enseña a los niños judíos y la última que se dice antes de morir. Se repite muchas veces al día en los oficios de las sinagogas de todo el mundo. Jesús la repitió seguramente en la sinagoga de Nazaret y en el templo de Jerusalén. La «Sh'ma» fue la respuesta que Jesús le dio a uno de los fariseos que trataba de cogerlo en una trampa cuando le preguntó: *«¿Cuál es el mandamiento más grande?»* Jesús contestó: *«No hay más que un solo mandamiento, que es el más grande de todos, y ese mandamiento es: 'Escucha, oh Israel, al Señor nuestro Dios; el Señor es uno...»* [174:4,2] (pág.1901).

En segundo lugar, «Jesús» es una especie de palabra maldita en la mayoría de los hogares judíos. Las persecuciones durante la Inquisición en España, las Cruzadas, los asaltos a las juderías con la matanza de sus habitantes, el Holocausto, el antisemitismo general y una gran parte del sufrimiento que los judíos han experimentado, se hace de alguna manera a los pies de Jesús. Ellos no hacen ninguna distinción entre el cristianismo y Jesús. Y finalmente, existe el sentimiento de la necesidad de perpetuar la raza. Hoy la población judía asciende a unos 13,5 millones de personas, y algunos temen que la tendencia descendente indica que los judíos pueden desaparecer en pocas generaciones. Los judíos temen la asimilación, los matrimonios mixtos, y en especial la conversión al cristianismo.

No, no estaba a punto de creer en Jesús. Pero tenía muchos amigos cristianos y los quería a todos. Nunca se me ocurrió pensar quién era judío y quién no. Sin embargo, a mis padres les preocupaba que saliera con «gentiles». A pesar de sus esfuerzos

constantes por hacerme salir con chicos judíos, me gustaban los chicos italianos y a mi padre le preocupaba mucho que me enamorara y me casara con un hombre no judío. Su preocupación era tan grande que desarraigó a nuestra familia y nos mudamos a Teaneck, una ciudad que no estaba «prohibida» y que tenía una importante población judía. Allí conocería probablemente a un agradable chico judío y me casaría. ¡Y lo hice! Conocí a Steve casi inmediatamente, y seis años después celebramos una gran boda judía.

Así pues, ¿cómo llegué a considerar que Jesús era divino? Estaba camino de cumplir el sueño terrestre de mi padre. Creía que era la Cenicienta y que me había casado con el príncipe. Pero nuestros primeros años juntos fueron muy difíciles. El primer año, el padre de Steve murió de forma trágica y repentina y nos responsabilizamos de su madre descorazonada y de su hermana de dieciséis años. Tenía la intención de enseñar mientras Steve terminaba su escuela para graduados, pero tuvimos un bebé imprevisto y fui incapaz de continuar enseñando a tiempo completo. Descubrí que mi suegra estaba muy necesitada emocionalmente y que era muy absorbente, y yo era joven e inmadura y no manejé bien las cosas. Hubo muchos conflictos y tristezas, y la vida no fue el cuento de hadas que yo me había imaginado.

Estaba confundida, era infeliz, y no me las arreglaba bien, pero Steve estaba buscando. Estaba buscando significados y estaba buscando la verdad. Durante muchos años había estudiado a los filósofos y a los buscadores de la verdad, había explorado muchos caminos y contemplado el significado de la vida. Lo acompañé en el paseo, pero no recibimos la solución a nuestros problemas y la calidad de nuestra vida no mejoró mucho. Entonces encontró y empezó a leer *El Libro de Urantia* y vi un cambio emocional significativo en él que parecía muy real. A pesar de todo el caos y los conflictos que teníamos alrededor, él estaba tranquilo. Y aquello duró, y supe que había encontrado algo realmente importante. Así pues, a pesar del hecho de que el libro tenía algo que ver con Jesús (y la idea me asustó mucho), empecé a leerlo también. Y en las páginas del *Libro de Urantia* es donde encontré por primera vez a Jesús.

Al principio vi que había muchas cosas en su joven vida con las que yo estaba relacionada personalmente. Al igual que yo, vivía de niño en un lugar que era más gentil que judío y pasaba mucho tiempo en la sinagoga. Se dedicaba a los mismos rituales (aunque cuestionaba sus significados, cosa que yo nunca hice) y celebraba las mismas fiestas judías. Celebraba el Hannukah, el Festival de las Luces que conmemoraba la consagración del Templo después de la victoria de los Macabeos; Purim, la fiesta de Esther y de la liberación de Israel gracias a ella; la Pascua, conmemoración de la huida de Egipto y del perdón de la vida a los hijos primogénitos judíos; Succoth, la fiesta de los primeros frutos y de la recogida de la cosecha; y el Yom Kippur, el Día de la Expiación. Al igual que la mayoría de los chicos judíos, fue circuncidado ocho días después de nacer, y al igual que Steve y que nuestro hijo Marc, que eran hijos primogénitos como Jesús, fue redimido ritualmente de ser sacrificado en una ceremonia del templo. Al igual que los chicos judíos del mundo entero, cuando

Jesús se graduó en el curso de enseñanza de la sinagoga, fue declarado «hijo del mandamiento» (bar mitzvah). Actualmente es un acontecimiento muy importante para la mayoría de los chicos judíos.

Cuando su madre lo acompañó en el viaje de la Pascua al Templo para ser consagrado hijo del mandamiento, la hicieron sentarse en la galería de las mujeres. Me acordé de la pequeña sinagoga donde me sentaba con mi abuela en el balcón de atrás. Las mujeres no participaban en la vida religiosa de los judíos en la época de Jesús, y todavía hoy siguen separadas de los hombres en las sinagogas ortodoxas. Durante cerca de 4.000 años, los ortodoxos recitan su oración matutina diciendo: «Bendito seas tú nuestro Dios eterno, rey del universo, que no me has hecho mujer». El trato que Jesús concedía a las mujeres escandalizaba a los apóstoles, pero *«les explicó muy claramente que, en el reino, a las mujeres había que concederles los mismos derechos que a los hombres»*. [138:8,11] (pág.1546). Cuando era joven, a pesar del hecho de que *«las muchachas de las familias judías recibían poca educación, pero Jesús sostenía...que las chicas tenían que ir a la escuela lo mismo que los varones, y puesto que la escuela de la sinagoga no las admitiría, lo único que se podía hacer era habilitar una escuela en casa especialmente para ellas (para sus hermanas)»*. [127:1,5] (pág.1396). Esto hizo que le quisiera.

Compartía abierta y amablemente su relación con su Padre que está en los cielos. Sabía que era bondadoso y compasivo, amoroso y misericordioso, un Padre que amaba a cada uno de sus hijos de manera personal y afectuosa. Era tan diferente de mi visión de un Dios poderoso de juicio y de ira. Me encantó cuando tenía sus pequeñas charlas con Él. Yo misma empecé a intentarlo, en lugar de repetir mecánicamente el Salmo 23 o el «Padre nuestro». Dios no me contestó, pero empecé a darme cuenta de que estaba ahí, y de que era mi amigo –no mi juez. Empecé a amar a Dios en lugar de temerle, y a preguntarle qué quería que hiciera, y a no tener miedo de hacerlo. Empecé a tener una relación con Dios, y Jesús me enseñaba cómo hacerlo, y cuando tenía dudas sobre lo que Dios quería, Jesús estaba allí para mostrarme el camino. Él era el camino.

Debido a él, mi matrimonio mejoró. Me di cuenta de que si había problemas que resolver, necesitaba buscar dentro de mí misma el poder de la bondad para efectuar los cambios, y no al supuesto malhechor. La historia de Jesús y Anaxando en Cesarea me impactó profundamente. Mi hijo Marc no lo sabe, pero me volví una madre más competente y atenta aprendiendo de Jesús, que era el padre maestro para sus hermanos y hermanas.

Debido a Jesús, observé que mi enseñanza estaba cambiando. Empecé a mirar más los móviles de los niños que su conducta. Intenté darles lo que necesitaban antes de que lo pidieran, en lugar de hacerlo como recompensa por su buena conducta.

Su manera de tratar paternalmente a los agresores me ayudó a ver a los padres agresivos de la escuela de una nueva manera. Nuestro barrio había sido acusado de «racismo institucional» y los profesores blancos eran escrutados y atacados por muchos

padres negros. Un día me llamaron para que me reuniera con una madre soltera que acababa de mudarse a la ciudad y cuyo hijo iba a estar en mi clase. Me apuntó con su dedo y vociferó de manera amenazadora: «Conozco este barrio y conozco la ley, y no espero que mi hijo reciba una buena sacudida, y estaré vigilándola». Fue un momento espantoso, mi corazón palpitaba violentamente, respiré profundamente y oré: «Ayúdame, Padre», y luego me escuché diciéndole: «Nickolas es un chico afortunado por tener a su lado a una abogada como usted. No puedo imaginarme cómo hubiera sido mi vida si mi madre se hubiera preocupado por mí como usted se preocupa por él». Se quedó completamente desarmada y nos hicimos amigas y asociadas en la educación de Nickolas. Me di cuenta más tarde de que fue el Espíritu de la Verdad el que había hablado, y entonces supe por primera vez lo que significaba que Jesús estaría siempre conmigo en los momentos difíciles. Y lo está.

Mi padre no tenía que preocuparse. Soy judía. Creer en la divinidad de Jesús no es convertirse al cristianismo. Es una profundización de la fe en Dios. Jesús conservó todo lo bueno y hermoso que tenían las enseñanzas judías y amplió el concepto de la naturaleza de Dios por medio de su vida. Pidió a sus seguidores que creyeran con él, no en él. Sus enseñanzas me inspiraron, pero la vida que vivió me conquistó. El amor de Jesús es irresistible. Era el amor de Dios revelado y es la más hermosa expresión personal de Dios en la tierra. Sé, gracias a él, que soy una hija amada de Dios. ¡Y esto es sencillamente divino!

Traducido del inglés por Antonio Moya.